

Krisztina

Ginnevra D.



Image not found.

Capítulo 1

Kristi

Febrero 1877

Por fin he podido levantarme desde su muerte. El ataúd está ya ahí en el medio de la sala. La habitación, iluminada por los primeros rayos del sol, se ve alegre y agradable; se oye el canto de algunos pajaritos en el patio interior, las gallinas cacarean, el perro ladra a algún visitante que ha entrado por la puerta de atrás. Parece imposible que reine la muerte en medio de tanta vida y animación.

La pobre niña yace allí, con su vestido blanco, con los brazos cruzados en el pecho donde la abuela le ha colocado un crucifijo en las manos pálidas. Es todo lo que veo desde la puerta. No me atrevo a acercarme. No me atrevo a mirar a la cara por última vez a mi amiga, así... muerta.

He sido su "*dama de compañía*" por tres, casi cuatro años. Gracias a eso he podido estudiar en el liceo francés. Pero nos hemos tratado más que nada como amigas y confidentes.

—No hay nada triste en esto —le oigo decir a alguien en la sala—: es una parte de la gran vida que regresa a Dios de la cual vino.

«Pero, ¿qué clase de consuelo es ese?» —pienso para mí. No creo que ni para la madre de la niña o sus otros familiares ni menos para mí es ningún consuelo.

Recuerdo la primera vez que vi a a Kristi (o Lisi como la llamaba yo). Yo tenía como seis años y ella uno más, pero nadie pensaría eso por lo menuda que era. En esa ocasión me llamó la atención su cara pálida de grandes ojeras, enmarcada en el cabello castaño rizado. Su tipo era diferente al de los otros niños que conocía. No por su tez blanco-cremoso sino por los rasgos heredados de su padre, originario de alguna parte de Europa Central. Era un día como hoy, lleno de mariposas y del canto de los pájaros. Ella acababa de recoger las flores que tanto le gustaban y tenía las mejillas sonrosadas, aunque ya sufría del mal que acabó con su vida.

Y hace un par de años, iqué feliz se veía sentada en el jardín escuchando a Andrés leernos poesías y divertirnos con sus historias! Después de alguna pequeña desaveniencia con él, trataba de aparentar indiferencia y seriedad, pero, al alejarse él, ella se volvía a mirarlo con una mirada tan tierna que me emocionaba.

Y ahora está allí, sola y pálida en su vestido blanco... Pobre niña, la he querido y la quiero tanto.

Las mujeres rezan, con el rosario en la mano...

*Dios, Padre del Cielo,
Ten misericordia de su alma...*

...ruega por ella...

La van a llevar pronto al cementerio, a un rincón bajo algún árbol que lanzará sobre su tumba sombras movibles cuando el viento azote sus hojas. ¿Tendrá frío allí, sola? Recuerdo ahora aquellas rimas de Bécquer:

«Dios mío, qué solos se quedan los muertos...»

Quisiera poder decir que voy a ir a verla allá... que hablaremos como en estos últimos años cuando yo le contaba sobre mis amores y ella sobre los suyos y cuando, al terminarse mis ilusiones, lloró conmigo y me consoló como mejor sabía hacerlo... Ahora vuelvo a sentir el mismo dolor de entonces solo que de alguna forma este es peor. Una pena tras de otra y siento que no voy a poder soportarlo. Siento una fuerte congoja oprimiéndome el pecho.

Y Andrés que se fue antes que ella. Se encontrarán sin duda allá arriba y se leerán poesías, él uno al otro, como antes... Quizás me echarán de menos, porque yo siempre estaba allí, con ellos, por orden de la abuela. Y tan familiarizada estaba ella con la idea de la muerte que no necesitó mucho consuelo, segura que pronto se reuniría con él, porque sabía que estaba condenada a muerte por su enfermedad y había aceptado ya su destino.

Cómo nos confabulamos también para lograr que su primo se fuera a estudiar a Europa, convenciéndolo de que ella estaba mejor de salud, cuando en realidad se encontraba bastante grave.

«Querida Lisi, cómo me gustaría poder leerte una vez más las historias que te gustaban tanto.»

Ha llegado el padre Sinforoso con su libro de oraciones y un cirio en la otra mano, recitando letanías, detrás de un monaguillo que lleva la cruz, los sigue el viejo sacristán. Algunas personas en la sala colocan flores en el ataúd y lo llevan a la carroza. Lo van a clavar allá. Podrá ella ver por última vez esas calles que tan poco caminó porque sus salidas eran casi siempre en el coche de la familia, demasiado débil ella para andar a pie.

Nos dirigimos a la iglesia para la despedida final. A esa iglesia que fue su único paseo antes de caer en cama sin poderse levantar. Oirá por última

vez la misa donde nos arrodillábamos con recogimiento, envueltas en el incienso blanco y penetrante, escuchando el órgano y la voz gangosa del cantante. Cómo nos gustaba ver al organista tocar y creo que hasta nos gustaba él un poquín, tan embebidas nos quedábamos oyéndolo hasta que la voz de bajo del padre Sinforoso nos devolvía a la tierra. Pero esta vez solo escucharemos esas salmodias, esas oraciones admirables, más tristes que la muerte, pero que consuelan y perdonan a algunas personas... A mí no... y creo que a la señora Banaček tampoco. Nada consuela a una madre en estas circunstancias.

Pater noster...

¡Felices los que creen!

Vamos al cementerio en coche. Yo acompaño a los abuelos. Las personas detienen su trabajo al vernos pasar y oír el toque de difuntos; los hombres se descubren la cabeza. Al llegar veo a los trabajadores de la hacienda que nos esperan. Los viejos cabizbajos. Conocen a Lisi desde que tenía tres años y ella y su madre llegaron de Europa. Los jóvenes también están ahí. Para aquellos es el final, para estos, el principio.

El hueco está excavado ya. Es un agujero profundo y angosto. Lo veo desde lejos y me sobrecojo. Le tengo terror a los cementerios y a los entierros. No puedo acercarme. Las piernas me tiemblan y caigo de rodillas. Me desconsuela pensar que ella va a dormir allí, sola, por la eternidad. Y de nuevo me acuerdo de la rima:

«Dios mío, qué solos se quedan los muertos.»

Todos avanzan para ver por última vez a la que hemos conocido tan bien, yo no. Me quedo donde estoy. Oigo los clavos resonar en la tapa.

¡Adiós, Lisi!

Los ayudantes pliegan en dos las cuerdas y ponen el ataúd encima. Luego un gran silencio: todos los ojos están fijos en la tumba. El cura continúa sus oraciones y se escucha ese sonido grande y sordo, el primer eco del otro mundo.

Se retiran las cuerdas, el sacerdote avanza y bendice una última vez. Tres palas de tierra ... ¡Se acabó!

Todos se retiran silenciosamente, y me quedo allí, arrodillada.

La familia está preparando una placa de mármol donde se grabará:

«Aquí yace Krisztina Elizabeth Banaček, muerta a los dieciocho años...»

hija querida de... etc. »

«Sufrió sin apenas quejarse, la mayor parte de su corta vida» —agrego yo.